

La profecía de Beatryce

Kate
DiCamillo



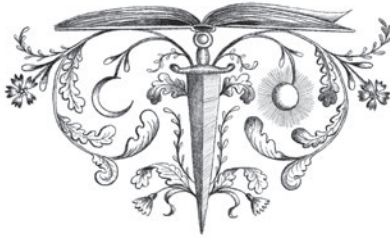
Ilustraciones de **Sophie Blackall**

Traducción de Roser Vilagrassa



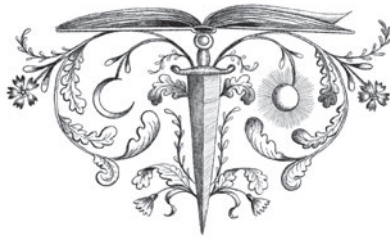
Está escrito en las Crónicas de la Aflicción
que llegará el día en que una criatura
destronará a un rey.
La profecía dice que esa criatura será una niña.

Por este motivo,
tal profecía se ha desdeñado durante mucho tiempo.





Libro
primero



Capítulo 1

Answelica era una cabra y sus dientes eran el espejo de su alma: grandes, afilados e implacables.

Uno de los juegos predilectos de la cabra era engatusar a los monjes de la Orden de las Crónicas de la Aflicción hasta conseguir persuadirlos poniendo cara de buena e impasible.

No mordía a nadie en semanas.

Cuando alguien se le acercaba, se limitaba a mirar a lo lejos, como si reflexionara sobre algo profundo. Y entonces, cuando los frailes bajaban la guardia creyendo que acaso, por la razón que fuera, Answelica había cambiado, la cabra los embestía por detrás con todas sus fuerzas.

Era muy fuerte y tenía la cabeza muy dura. Gracias a esto, la cabra era capaz de levantar por los aires a los monjes y hacerles caer muy lejos.

Y en cuanto aterrizaban les mordía.

La cabra se creaba antipatías peculiares e inexplicables y llegaba a manifestar auténtica aversión por determinados individuos. Acechaba a un fraile concreto, lo aguardaba en la penumbra violácea de algún edificio y, cuando este menos se lo esperaba, la cabra aparecía de la nada profiriendo un balido aterrador que sonaba como el grito de un demonio.

El monje, espantado, desquiciado, también se ponía a gritar.

Monje y cabra entablaban un dúo de gritos hasta que el animal quedaba satisfecho y se alejaba trotando con gesto beatífico, dejando al fraile trémulo, a punto de ponerse a llorar.

Los hermanos de la Orden de las Crónicas de la Aflicción la habrían sacrificado de buena gana de no ser porque temían al fantasma de Answelica.

Todos coincidían en que el fantasma de la cabra probablemente sería más agresivo y pertinaz, amén de infinitamente más listo, que la cabra de carne y hueso.

¿De qué maneras trataría de vengarse desde el más allá?

Porque la cabra era capaz de cualquier cosa fuera de lo imaginable.

Así que le permitían vivir.

Lo cual está bien.

Lo cual, de hecho, es maravilloso.

Porque sin la cabra, a buen seguro, Beatryce habría muerto.

Y, de ser así, ¿dónde estaríamos ahora?

Capítulo 2

Todo esto sucedió en tiempos de guerra.

Por desgracia, esta circunstancia no distinguía esta época de otras, pues siempre había guerra.

Fray Edik fue quien la encontró.

Aquella mañana un manto de escarcha cubría el mundo, y el fraile llegaba tarde a su quehacer asignado de llevar la comida a Answelica; fray Edik se había entretenido contemplando la espléndida luz del amanecer sobre las briznas de hierba y las ramas de los árboles.

El mundo parecía desprender luz propia.

–Esto es indicio de algo, no me cabe la menor duda –se dijo fray Edik en voz alta–. Semejan-

te belleza ha de significar alguna cosa, no hay duda.

Se quedó allí de pie contemplando el mundo, hasta que las manos le empezaron a doler por el frío y, al fin, entró en razón.

Llegó temblando al granero, convencido de que Answelica, descontenta por la demora, ya estaría tramando algo. Pero, para su sorpresa, la cabra dormía sobre las patas delanteras cruzadas, de espaldas a él.

¿En qué consistiría esa nueva estrategia?

Fray Edik se aclaró la garganta. Dejó el cubo en el suelo. Sin embargo, la cabra ni se movió. Al acercarse un poco más al animal, contuvo un grito.

Su mente le estaba gastando una broma.

O más bien sus ojos, o su ojo izquierdo, que no podía estar quieto, sino que giraba buscando algo que aún no había encontrado.

«En ese ojo habita algún demonio», le había dicho una vez su padre. «Y ese mismo demonio ha conseguido instalarse en tu cabeza».

Y ahora, bajo la tenue luz matutina del granero, el ojo errante de fray Edik, su extraña mente, veía una cabra con dos cabezas.

–Apíadate de nosotros –susurró fray Edik.

Si ya era difícil para los monjes sobrellevar a una única Answelica con una sola cabeza, ¿cómo iban a convivir con la cabra si ahora tenía dos cabezas con sendas dentaduras?

Alteraría el orden del universo. Expulsaría al rey del castillo. Una Answelica bicéfala sería un animal capaz de gobernar el mundo.

El fraile dio un incierto paso adelante. Entornó los ojos y entonces vio que la segunda cabeza pertenecía a un niño que estaba acurrucado junto a la cabra.

Fray Edik soltó un suspiro de alivio.

Sin embargo, cuando se fijó en que el niño se agarraba con una mano a una oreja de la cabra, el terror volvió a apoderarse de él.

